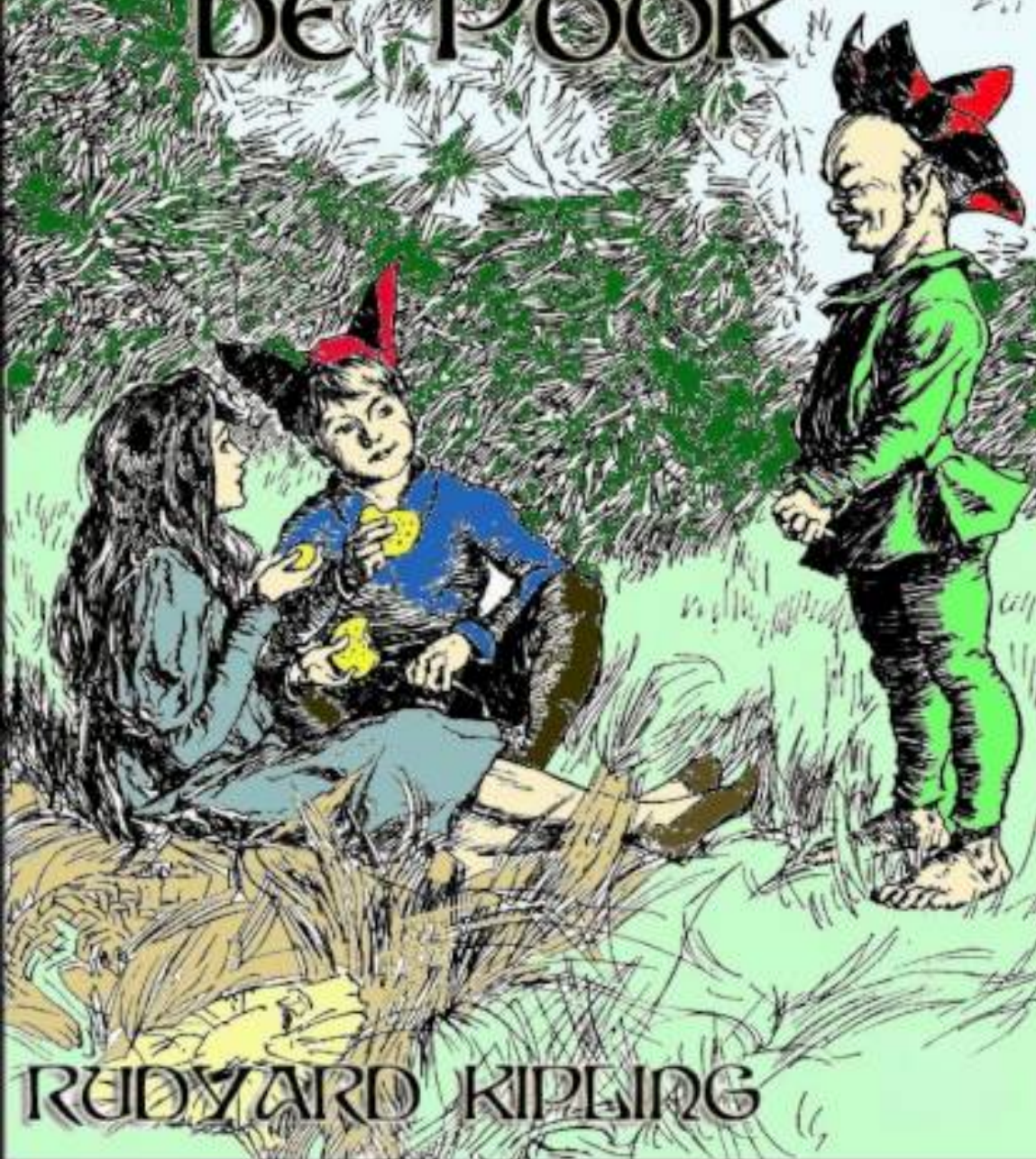


PUEK
DE LA COLINA
DE POOK



RUDYARD KIPLING

Dan y Una, dos hermanos que viven en el condado inglés de Sussex, acaban de representar por tercera vez *El sueño de una noche de verano*. Es la víspera del solsticio y en la ladera de la colina de Pook, uno de los lugares de la Vieja Inglaterra con más historia, sucede algo mágico: uno de los personajes de la obra de Shakespeare cobra vida.

Es Puck, el travieso duende que tiene el poder de hacer que la gente olvide y recuerde. Gracias a Puck, los dos niños conocerán a hombres de otras épocas: normandos, sajones, romanos, pictos y vikingos, que les contarán su historia, la Historia, eso que no debemos olvidar.

Esta atmósfera de real irrealidad es uno de los rasgos más bellos de este libro, que combina admirablemente la filosofía occidental de la acción con el sentido oriental de lo fantástico, lo mágico, lo maravilloso.

CANCIÓN DE PUCK

*¿Veis por ahí las sendas pisoteadas
que a través de los trigos aparecen?
Por ellas se arrastran los cañones
que a las naves del rey Felipe hundieron.*

*¿Y veis nuestro molino, tan pequeño,
que rechina y trabaja en el arroyo?
Muele su grano y paga su gabela
desde que se dictó el Domesday
Book^[1].*

*¿Veis nuestros silenciosos roble-
dales
y las tremendas zanjás a su lado?
Allí fueron dispersos los sajones
cuando Harold caía en la batalla.*

*¿Y veis esas llanuras azotadas
por el viento, extendidas ante Rye?
Allí fue donde huyeron los normandos
cuando llegara Alfredo con sus naves.*

¿Veis nuestros pastos solos y anchurosos,
donde los rojos bueyes ramonean?
Hubo allí una famosa ciudad, antes
que Londres se jactara de una casa.

¿Y veis, cuando ha llovido, los indicios
de un montículo, un foso, una muralla?
Un día allí acamparon las legiones
cuando César marchó para las Galias.

¿Y veis aparecer vestigios pálidos
en las colinas, cual si fuesen sombras?
Son las líneas que el hombre primitivo
marcó para defensa de sus pueblos.

Perdidos campos, pueblos y caminos;
marismas fueron lo que son hoy mieses;
antigua guerra, antigua paz y antiguas
artes, cesaron; y nació Inglaterra.

No es una tierra igual a la de todos,
ni aguas, ni bosques, ni siquiera brisas;
es la isla de Merlin, la isla de Gramarye,
donde nosotros dos vamos a ir.

LA ESPADA DE WELAND

Los niños estaban en el teatro; representaban ante las Tres Vacas todo lo que recordaban de *El sueño de una noche de verano*. Su padre les había preparado un pequeño resumen de la gran obra de Shakespeare, y ellos lo habían repetido, con su madre y con él, hasta aprenderlo de memoria. Comenzaban allí donde Nick Bottom, el tejedor, aparece entre los arbustos con una cabeza de asno sobre los hombros, y encuentra dormida a Titania, Reina de las Hadas. De ahí saltaban al momento en que Bottom pide a tres pequeñas hadas que le rasquen la cabeza y le lleven miel, y deteníanse cuando Bottom se duerme en los brazos de Titania. Dan hacía los papeles de Puck y Nick Bottom, y también los de las tres hadas. Llevaba un casquete de tela de orejas puntiagudas, para representar a Puck, y una cabeza de asno de papel, procedente de uno de los navideños petardos con sorpresa —pero se rompía cuando no se tenía cuidado con ella—, para representar a Bottom. Una, en el papel de Titania, llevaba una guirnalda de ancolias y una rama de digital como varita.

El teatro se hallaba en una pradera llamada el Campo Largo. Un canalillo, que alimentaba a un molino situado a dos o tres prados de allí, rodeaba una de las esquinas, y, en medio de ellas, se encontraba un viejo Ruedo de hadas de yerba oscurecida, que hacía las veces de escena. Los bordes del canalillo, cubiertos de mimbres, de avellanos y de

bolas de nieve, ofrecían cómodos rincones para esperar el instante de entrar en escena; y una persona mayor que había visto el lugar decía que el mismo Shakespeare no hubiese podido imaginar mejor cuadro para su obra. Con toda seguridad no se les hubiera permitido representar en la misma noche de San Juan, pero la víspera de esta fiesta habían bajado después del té; a la hora en que las sombras crecen, y habían llevado sus cenas: huevos duros, galletas «Bath Oliver» y sal en un paquete. Las Tres Vacas habían sido ya ordeñadas y pastaban incesantemente y el sonido que producían al arrancar la yerba podía oírse hasta el límite del prado; el ruido del molino, al trabajar, imitaba el de los pasos de unos pies descalzos sobre la hierba. Un cuco, posado sobre el montante de una puerta, cantaba su entrecortada canción de junio: «cucú», mientras un martín pescador cruzaba afanoso la pradera entre el canalillo y el arroyo. El resto no era más que una especie de calma espesa y soñolienta, perfumada de ulmarias y de yerba seca.

La obra marchaba de maravilla. Dan se acordaba de todos sus papeles, —Puck, Bottom, y las tres hadas—, y Una no olvidaba una sola palabra del de Titania, incluso el difícil pasaje en que ella dice a las hadas que habrá que alimentar a Bottom con «albaricoques, higos maduros y zarzamoras», y donde todos los versos tenían la misma rima. Los dos estaban tan contentos que la representaron tres veces, de cabo a rabo, antes de sentarse en el centro del Ruedo para comerse los huevos y las galletas «Bath Oliver». Fue entonces cuando oyeron entre los chopos del ribazo un silbido que los sobresaltó bastante.

Los arbustos se abrieron. En el mismo lugar en que Dan había representado el personaje de Puck, vieron a un pequeño ser cetrino, de anchos hombros, orejas puntiagudas, nariz roma, ojos azules y separados y en cuyo conjunto una mueca sonriente hendía el rostro cubierto de manchas rojizas. Se protegió los ojos como si mirara a Quince, Snout, Bottom y los demás en trance de repetir *Piramo* y *Tisbe*, y

con una voz profunda, como la de las Tres Vacas cuando pedían ser ordeñadas, comenzó:

*¿Qué rústicos bribones aquí se pavonean
tan cerca de la cuna de nuestra Hada
Reina?*

Se detuvo y llevó una de sus manos tras su oreja, y con la mirada chispeante de malicia continuó:

*¿Es esto una comedia? Yo seré espectador
y, si veo un motivo, seré también actor.*

Los niños le miraron embobados. El hombrecillo — apenas llegaría al hombro de Dan— entró tranquilamente en el Ruedo.

—Ya he perdido un poco de práctica —dijo—, pero así es cómo se representa mi papel.

Los niños no habían cesado de mirarle, desde su sombrero azul oscuro, semejante a una flor de ancolia, hasta sus pies descalzos y velludos. Por último él se echó a reír.

—Os ruego que no me miréis así. No es ciertamente *mi* defecto. ¿Qué podíais esperar de otro? —dijo.

—Nosotros no esperamos nada —repuso Dan lentamente—. Este campo es nuestro.

—¿Sí? —dijo el visitante, sentándose—. Entonces, ¿por qué, gran Dios, representáis *El sueño de una noche de verano* tres veces seguidas en víspera de San Juan, en medio del Ruedo y al pie sí precisamente al pie de una de las más viejas colinas que poseo en la vieja Inglaterra? La colina de Pook; la colina de Puck; la colina de Puck; la colina de Pook. Está tan claro como el agua.

E indicó el declive de la colina de Pook, desnuda y cubierta de helechos, que desde el otro borde del canalillo

ascendía hasta un sombrío bosque. Por encima de este terreno se elevaba unos quinientos pies, sin interrupción, hasta salir por fin en el vértice desnudo de la colina de Beacon, desde donde se veían las llanuras de Pevensy, el Canal y la mitad de las peladas lomas del Sur.

—¡Por el Roble, el Fresno y el Espino! —gritó, sin cesar de reírse—. Si esto hubiera ocurrido hace algunos siglos habríais visto a los habitantes de las colinas salir como abejas en junio.

—No sabíamos que hiciéramos nada malo —repuso Dan.

Pero el hombrecillo, estremecido de risa, dijo:

—¿Malo? Ciertamente, no, no es malo. Lo que acabáis de hacer, reyes, caballeros y sabios de tiempos pasados hubieran dado sus coronas, sus espuelas y sus libros por conseguirlo. Si Merlin en persona os hubiese ayudado, no hubiérais podido hacerlo mejor. ¡Habéis forzado las colinas..., forzado las colinas! En dos mil años, esto no había ocurrido.

—Nosotros..., nosotros no lo hemos hecho adrede —dijo Una.

—Seguramente no. Por esto lo habéis hecho. Desgraciadamente, hoy están vacías las colinas, y toda la gente que las habitaba se ha marchado. Yo soy el único que queda. Yo soy Puck, el más antiguo de los antiguos habitantes de Inglaterra, enteramente a vuestro servicio, si..., si es que os puede complacer tener relación conmigo. Si no tenéis nada más que decir, me iré en seguida.

Miró a los niños, y los niños le miraron durante un buen medio minuto. Sus ojos ya no chispeaban tanto. Estaban llenos de benevolencia, y una bondadosa sonrisa distendía sus labios.

Una le tendió la mano.

—No se marche —dijo—. Nosotros le queremos.

—¿Quiere una galleta «Bath Oliver»? —dijo Dan, ofreciéndole el grasiento envoltorio con los huevos.

—¡Por el Roble, El Fresno y el Espino! —dijo Puck, quitándose el sombrero azul—. También yo os quiero. Pon un poco de sal sobre la galleta, Dan, y comeré con vosotros. Eso os demostrará quien soy. Algunos de nosotros —continuó con la boca llena— no podía soportar la sal, o las herraduras sobre una puerta, o las bayas del fresno silvestre, o el agua corriente, o el hierro frío, o el sonido de las campanas de la iglesia. ¡Pero yo soy Puck!

Se sacudió cuidadosamente las migas de su jubón y les estrechó las manos.

—Dan y yo siempre hemos dicho —balbució Una— que, si esto ocurría alguna vez, nosotros sabríamos exactamente qué hacer; pero..., ahora diríase que esto es distinto.

—Ella se refiere a encontrar un hada —explicó Dan—. Yo nunca he creído en ellas después de los seis años, todo lo más.

—Yo sí —dijo Una—. Cuando menos, yo he creído la mitad, si usted quiere, hasta que aprendimos *Adiós, premios*. ¿Conoce usted *Adiós, premios y hadas*?

—Esto, quieres decir —dijo Puck. Echó hacia atrás su enorme cabeza y comenzó en el segundo verso:

*Ahora las buenas amas de casa decir
pueden
que las mujeres sucias manchan las le-
cherías
y continúan ellas haciendo ahora lo mis-
mo.*

(¡Canta conmigo, Una!).

*Porque aunque se preocupen limpiando
sus fogones
lo mismo que podrían hacerlo las don-
cellas,*

*¿quién decirnos podría que, por haber
limpiado
dentro de sus zapatos, encontró seis pe-
niques?*

Los ecos revolotearon hasta el límite de la pradera.

—Estoy seguro de que la conoces —dijo él.

—Después viene la estrofa de los Ruedos —dijo Dan—. Cuando yo era pequeño, ella hacía que me sintiera siempre desgraciado.

—«Testigo de esos ruedos y rondoes», ¿no es eso lo que quieres decir? —refunfuñó Puck, con una voz parecida a la del órgano de una iglesia.

*Los hombres aquéllos aún sobreviven,
actuaron, en tiempos de Reina María,
sobre numerosas y verdes llanuras;
mas desde la última reina Isabel
y desde que vino el último Jaime,
no se los ha visto en los matorrales
como en otro tiempo se los viera a to-
dos.*

—Ha pasado algún tiempo desde que la oí cantar, pero es inútil que argumentemos sobre esto. Toda la gente de las colinas se ha marchado. La vi llegar a la vieja Inglaterra, y la vi partir. Gigantes, enanos, duendecillos, genios, trasgos y diablejos; espíritus de los bosques, de los árboles, de los ribazos, de las aguas; gentes de los eriales, veladores de colinas, guardianes de tesoros, buenas personas, personajes, pigmeos, augures, jinetes de la noche, hadas, ogros, gnomos, y los demás... se fueron, ¡se fueron! Yo vine a Inglaterra con el Roble, el Fresno y el Espino, y cuando el Roble, el Fresno y el Espino no existan, me iré también.

Dan miró en torno a la pradera. Miró al roble de Una, cerca de la puerta de abajo, a la hilera de fresnos que se

desplomaban en el estanque de las Nutrias, donde el canallillo se vertía cuando ya no servía para el molino, y al viejo y nudoso espino blanco donde las Tres Vacas se rascaban el cuello.

—Perfectamente —dijo, y añadió—: Voy a plantar una cantidad de bellotas este otoño.

—Pero ¿no eres terriblemente viejo? —preguntó Una.

—No, viejo, no; pero tampoco soy tan joven como por aquí se dice. Veamos. Mis amigos venían de noche a traerme la escudilla de crema cuando Stonehenge aún era reciente. Sí, antes que los hombres que tallaban el pedernal hubiesen cavado el Defipond bajo Chanctonbury.

Una cerró las manos, exclamando: «¡Oh!», e inclinando la cabeza.

—Ella tiene una idea —explicó Dan—. Siempre que tiene una idea hace esto.

—Estoy pensando que si guardáramos un poco de nuestro *porridge*^[2] y lo dejáramos para usted en la buhardilla... Se descubriría si lo dejásemos en el cuarto de los niños.

—Cuarto de estudio —corrigió Dan vivamente, y Una enrojeció, porque el verano anterior habían convenido, en pacto solemne, no llamar «cuarto de los niños» al cuarto de estudio.

—¡Bendito sea tu corazón de oro! —dijo Puck—. Tú llegarás a ser una muchacha despabilada, un día u otro, en el mercado. Realmente, no tengo necesidad de que me guardéis un tazón; pero si alguna vez quiero comer un poco, os lo diré, estad seguros.

Y se tendió cuan largo era sobre la yerba seca, y los niños se tendieron a su lado, moviendo alegremente las piernas en el aire. Sabían perfectamente que nunca hubieran tenido miedo de él como de su amigo íntimo Hobden, el viejo constructor de setos. Él no les hacía preguntas enojosas de persona mayor, y no se burlaba de la cabeza de

asno, sino, siempre tendido, sonreía para sí con una actitud muy juiciosa.

—¿Tenéis un cuchillo? —preguntó por último.

Dan le entregó su gran navaja de una hoja, y Puck se puso a segar un trozo de césped en medio del Ruedo.

—¿Por qué hace esto? ¿Por Magia? —preguntó Una, mientras él cortaba un trozo de barro de color de chocolate tan fácilmente como un queso.

—Sí, una de mis pequeñas Magias —dijo, cortando otro cuadrado—. Comprenderéis que yo no puedo haceros entrar en las colinas porque la gente de las colinas haya partido; pero, si queréis tomar posesión yo puedo mostraros cosas que se ven raramente en el mundo de los hombres. Seguramente lo merecéis.

—¿Qué es tomar posesión? —inquirió Dan con prudencia.

—Es una vieja costumbre de los que compraban y vendían tierras. Solían cortar un trozo de ella y se lo entregaban al comprador, y vosotros no tomaréis realmente posesión de vuestra tierra (verdaderamente, no os pertenece) hasta que el otro os entregue efectivamente un pedazo como éste.

—Pero éste es nuestro prado —dijo Dan, retrocediendo—. ¿Va usted a hacerlo desaparecer mágicamente?

Puck se echó a reír.

—Sé muy bien que es vuestro prado, pero en él hay muchas más cosas de las que vosotros o vuestros padres hayan adivinado jamás. ¡Intentadlo!

—Yo quiero —dijo Una.

Dan siguió también su ejemplo.

—Ahora, vosotros dos estáis en posesión legítima de la vieja Inglaterra —comenzó a decir Puck con una voz cantarina—. Por el derecho del Roble, del Fresno y del Espino, vosotros sois libres de ir y de venir, de ver y de saber, por donde yo os guíe o por donde queráis. Veréis lo que veréis, y oiréis lo que oiréis, de tres mil años a esta parte; y no co-

noceréis ni espanto ni temor. ¡Firmes! Sostened con firmeza esto que os doy.

Los niños cerraron los ojos, pero no ocurrió nada.

—¿Y bien? —dijo Una, chasqueada, abriéndolos—. Me parece que habrá dragones.

—Esto ocurrió hace tres mil años —dijo Puck, contando con los dedos—. No, yo creo que no se encontraban dragones hace tres mil años.

—Pero no ha ocurrido nada —dijo Dan.

—Esperad un poco —dijo Puck—. Es necesario mucho tiempo para que crezca un roble..., y la vieja Inglaterra es más vieja que veinte robles. Sentémonos y reflexionemos. Yo puedo hacerlo por un siglo en un momento.

—¡Ah, pero usted viene del país de las hadas! —dijo Dan.

—¿Me habéis oído pronunciar alguna vez este nombre? —preguntó vivamente Puck.

—No. Usted ha hablado de las gentes de las colinas, pero jamás ha nombrado a las hadas —dijo Una—, y no sé por qué. ¿No le gusta esta palabra?

—¿Os gustaría que constantemente os llamaran «mortales», o «seres humanos», o «hijos de Adán», o «hijas de Eva»? —dijo Puck.

—No, no nos gustaría —dijo Dan—. Así hablan los Djinns y los Afrits de *Las mil y una noches*.

—Bien, pues ése es el efecto que me produce a mí esa palabra..., que nunca pronuncio. Además, vosotros oís por ahí hablar de seres imaginarios, de los cuales las gentes de las colinas jamás oyeron hablar..., pequeños moscardones con alas de mariposa y enaguas de gasa, con estrellas brillando en sus cabellos y una varita parecida a la que usan los maestros de escuela para castigar a los niños malos y recompensar a los buenos. ¡Las conozco!

—No nos referimos a esos seres —dijo Dan—. Nosotros también los detestamos.

—Muy bien —dijo Puck—. ¿Cómo puede sorprenderos que a las gentes de las colinas no les agrade ser confundidas con esa banda de impostores de alas pintarrajeadas, que mueven sus varitas y hacen arrumacos con un aire dulzón? ¡Alas de mariposa! Yo he visto a *Sir Huon*, en el castillo de Tintagel, marchar de viaje hacia Hy-Brasil con un montón de gente, afrontando una tempestad de viento Sudoeste, cuando la espuma volaba sobre el castillo y los Caballos de la Colina estaban enloquecidos por el terror. Avanzaban durante un recalmón, chillando como gaviotas, y luego fueron rechazados cinco buenas millas hacia el interior antes de poder de nuevo alzar la cabeza al viento. ¡Alas de mariposa! Fue cosa de Magia..., de la Magia tan negra de que era capaz Merlin; y todo el mar no era más que fuego verde y blanca espuma donde cantaban las sirenas. Y los Caballos de la Colina escogieron un camino de una ola a otra a la luz de las llamas. Así fue como ocurrieron las cosas en los viejos días.

—¡Magnífico! —dijo Dan. Pero Una se estremeció.

—Entonces, estoy muy contenta de que se hayan ido —dijo—. Pero ¿qué es lo que hizo marchar a las gentes de las colinas?

—Muchas cosas. Os contaré una algún día, una que pudo más que todas —dijo Puck—. Pero todos no se marcharon al mismo tiempo. Desaparecieron, uno a uno, a través de los siglos. La mayoría estaba constituida por extranjeros, que no resistieron nuestro clima. Ésos se marcharon pronto.

—¿Cuándo? —preguntó Dan.

—Hace dos mil años, o más. De hecho, se fueron primero los dioses. Los fenicios se llevaron a alguno, al venir en busca de estaño; y los galos, los jutos, los daneses, los afriosios y los anglos desembarcaron a otros con ellos. En esta época no cesaban de desembarcar, cuando no se hallaban descansando a bordo de sus naves, y siempre traían a sus dioses consigo. Inglaterra no es un buen país para los dioses. Por lo que a mi respecta, adopté inmediatamente las

costumbres que tuve buen cuidado de guardar; un tazón de *porridge*, una escudilla de leche y unas inocentes bromas gastadas a los campesinos en los senderos me bastaron en aquel momento, como en éste. Como veis, he formado parte del país, y no he cesado durante toda mi vida de estar mezclado a los humanos. Pero la mayor parte de los otros han querido a toda costa ser dioses, y tener templos, y altares, y sacerdotes, y sacrificios, para ellos solos.

—Gentes quemadas en cestas de mimbre, como nos cuenta *Miss Blake*, ¿no es cierto? —preguntó Dan.

—Toda suerte de sacrificios —dijo Puck—. Si no eran hombres, eran caballos, ganado, cerdos, hidromiel (especie de cerveza dulce y pringosa; jamás me ha gustado). Estos viejos seres formaban allí una extravagante banda de ídolos. Realmente, exageraban un poco. ¿Y cuál fue el resultado? Incluso cuando todo iba bien, por otra parte, a la gente no le agradaba servir de víctima; a ellos no les gustaba sacrificar sus percherones. Al cabo de algún tiempo, la gente dejó de prestar atención a aquellos viejos, los techos de cuyos templos se derrumbaron, y los viejos tuvieron que emigrar y cuidar de sus vidas como pudieron. Algunos se pusieron a dar vueltas en torno a los árboles, a esconderse en las tumbas y a gemir en la noche. Gimiendo muy fuerte y largo rato, persuadían una que otra vez a algún pobre campesino asustado a sacrificar una gallina, o a depositar para ellos una libra de mantequilla. Me acuerdo de una de estas diosas llamada *Belisama*. Terminó completamente mojada, como una simple ondina, en algún lago de *Lancashire*. Y lo mismo he visto que les ocurrió a centenares de amigos míos. En un principio fueron dioses. Luego, gentes de las colinas, y, por último, tuvieron que marcharse hacia otros lugares, porque no se entendían bien con los ingleses, por una razón o por otra. Sólo uno de estos viejos, que yo recuerde, trabajó honradamente para vivir, después de haber tenido desventuras. Se llamaba *Weland*, y trabajaba como forjador para algunos dioses. He olvidado sus nom-